



Django Reinhardt

Un gitano en París

JUAN P. JIMÉNEZ
EMILIE DURAND

Prólogo de Michael Dregni

Django Reinhardt es sin lugar a dudas el guitarrista europeo de jazz más importante y trascendente del siglo XX. El hecho de pertenecer a la estirpe manouche y de que se convirtiera en una gran figura de la música de su tiempo a pesar de que la mano izquierda se le abrasara parcialmente durante un incendio en la caravana en la que vivía, le confieren un halo innegable de misticismo y de magia. Apoyados en documentación amplia y variada y las declaraciones de testigos directos del artista y músicos contemporáneos, los autores narran gran parte de su leyenda desvelando datos y circunstancias, muchas veces, poco conocidos. Así como todo lujo de detalles sobre la fundación y pormenores del Quintette du Hot Club de France junto a su compañero de aventuras musicales, el gran violinista galo Stéphane Grappelli.

A mi mujer Mary Cruz y a mi hija Carmen por ser los timoneles imbatibles de mi vida. A don Alfredo Papo por compartir con nosotros su inmensa sabiduría y a nuestros seres queridos, los que están y los que se marcharon sin poder ver completado este sueño.

Si khohaimo mayo patshivalo sar o tshatshimo.
Hay mentiras más creíbles que la verdad.

Proverbio manouche

Prólogo

La musique faite homme

Un hombre, una guitarra, dos dedos en seis cuerdas, todo ello creando una infinidad de notas musicales. Django Reinhardt tomó su inspiración de los violinistas gitanos y de guitarristas flamencos; de acordeonistas del *bal-musette* y del *Jass* de Louis Armstrong, de Debussy, de Ravel, de los arreglos orquestales de Duke Ellington y de las pinturas de Monet. Aunando fuerzas con el violinista parisino Stéphane Grappelli, formó el Quintette du Hot Club de France en 1934 y creó un nuevo mundo del jazz. Por toda Europa, tanto los asiduos del cabaret como los bailarines, elevaron sus copas de champán para brindar por este guitarrista gitano que tocaba swing pero con un grupo de cuerda.

Con su guitarra Selmer, Django era hombre de muchas músicas. La mayoría de los artistas descubren su voz en un único género, el del jazz. Louis Armstrong encontró su expresión en su emergente *Jass*, Benny Goodman en el swing; Dizzy y Bird en el *be-bop*, Miles Davis, principalmente en el cool jazz. Pero Django nunca fue encerrado en un solo estilo. Él compuso, arregló y grabó temas en

cada uno de estos géneros, exponiendo musicalmente las cuatro distintas épocas del jazz. Hay que añadir a esto su exploración de la música clásica y su trabajo de composición de una sinfonía –dentro de las melodías del jazz– así como una misa para órgano. Pocos músicos han hecho tales exploraciones en tantos estilos distintos de música. Django es también uno de los pocos, sea en el estilo de música que sea, que ha creado un género y aportado un legado: el gypsy jazz. Este estilo está vivo y floreciente, desde los cafés parisinos a los pubs de moda, pasando por los campamentos gitanos europeos. Se sigue swingeando en casi cualquier ciudad de cualquier parte del mundo. Al final, el homenaje más preciso a Django provino de Emmanuel Soudieux, uno de los bajistas que más tiempo pasó a su lado y que afirmarí­a con sencillez extrema: *Django était la musique faite homme* (Django era la música hecha hombre).

Muchos otros vieron en la vida y el jazz de Django un cuento de hadas musical. Como gitano, era a la vez un marginado y una figura maravillosa. Tal vez fuera Federico García Lorca el que mejor retrata la imagen del mundo de los gitanos en su poema «Romance de la Luna, Luna, Luna», describiéndolos como bronce y sueño. Ciertamente la historia de Django es parte brillo, parte fantasía, parte alegría, parte tristeza. También, parte gloria y parte miseria. Este libro comienza enunciando un proverbio manouche que expone esto de otra forma: *Si khohaimo mayo patshivalo sar o tshatshimo* (Hay mentiras más creíbles que la propia verdad). Alrededor de Django, se han contado muchas grandes historias que a menudo eclipsan la verdad de su vida. Afir­mar simplemente que tales cosas hacen más difícil la tarea a un biógrafo, es subestimar su mérito.

Juan P. Jiménez y Emilie Durand han hecho un trabajo magistral para contar la historia de Django. Rebuscando en su pasado, describiendo su vida y su tiempo, arrojando

nueva luz sobre los acontecimientos oscuros que lo rodearon o enmendando lo ya escrito por otros. Hablan de la formación del Quinteto del Hot Club de Francia creado, paradójicamente, en el contexto de los convulsos años de la Segunda Guerra Mundial y descubriendo, de paso, nuevos detalles de su única gira por España en el año 1936. A través de sus palabras, casi se puede oler el humo de las fogatas gitanas; ver las luces de un París perdido en otra época; o, por supuesto, escuchar el sonido maravilloso de la guitarra de Django Reinhardt.

Michael Dregni



Introducción

Son muchos los estudios biográficos publicados sobre la figura de Django Reinhardt, pero ninguno en castellano. Recientemente se ha celebrado el centenario de este singular artista, al que se le han rendido multitud de homenajes en el mundo entero. Hemos querido aportar nuestro granito de arena y contribuir, por vez primera, a la divulgación de su obra y de su vida en lengua castellana. El libro que tiene en sus manos se acerca a la vida y a la obra de uno de los músicos más relevantes del siglo XX y el más representativo del jazz europeo, que vivió a caballo entre dos períodos convulsos de la historia: la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Nos proponemos resolver el desconocimiento en muchos casos y la falta de ideas concatenadas en otros que tiene el público de este país sobre tan singular artista. Para algunos será un descubrimiento y una invitación a conocer su música, para los ya iniciados en la materia, una lectura amena sin necesidad de tirar de diccionario constantemente. Esta publicación también relata las vivencias de las

personas que le rodearon, cada una con sus relatos de pérdidas y miserias, pero también con sus recuerdos de amistad, familia, amor y esperanzas, aferradas todas ellas a la existencia a través de la música. Al mismo tiempo refleja el *modus vivendi* de una raza: los *manouches*, gitanos odiados en muchas partes, perseguidos en otras y desconocidos en casi todas. Django Reinhardt pertenecía a esta estirpe. Para nosotros a diferencia de nuestros vecinos franceses, que tienen a mano abundante información sobre el músico en las bibliotecas más destacadas del país —ya que Django es una gloria nacional—, ha supuesto un esfuerzo agotador. En la comunidad francogitana el tratamiento hacia su persona se conserva casi en un crisol sagrado. A nivel internacional es la primera biografía del músico que intenta secuenciar rigurosamente todos los acontecimientos y fechas. Es muy difícil acudir a personajes del entorno de aquellos años, o bien porque han muerto la mayoría, o bien porque los *manouches* difícilmente hablan sobre su vida o la de los suyos, como ellos dicen: *Nous, on n'en parle pas*¹¹.

Se ha intentado transcribir al pie de la letra testimonios de sus contemporáneos. Para mantener lo más fielmente posible cómo transcurrió todo en cada momento, los textos aparecen tal y como fueron relatados. A menudo aparecen claras contradicciones, errores de memoria y falta de conexión. Hemos luchado contra la tentación de novelarlo sin ningún rigor histórico. La vida del músico supera con creces, en muchos casos, la ficción y hace prescindible cualquier fantasía de escritor. Descubrirán las luces y sombras de la personalidad del músico, soberbio y arrogante como ninguno, pero con un corazón enorme que entendía que la vida se gobierna a través del amor hacia todo el que se consideraba amigo suyo o cercano a él, sin pedir nada a cambio como retribución.

Nos gustaría matizar que aunque constantemente se hace alusión a su afición al juego de azar, Django era juga-

dor pero no ludópata, puesto que lo que gobernaba su vida no era el juego sino la música y solo jugaba cuando tenía dinero. No se le daba mal, solo que apostaba muy fuerte y cuando perdía lo hacía estrepitosamente. Nos queda la asignatura pendiente de no poder dar más relevancia al papel de su hermano menor Joseph *Nin-Nin* Reinhardt, de un gran talento musical, y una responsabilidad de la que Django adolecía. Su modestia, su deseo de pasar desapercibido a modo de homenaje fraternal hacia su hermano, nos ofrece una visión borrosa de su paso por el mundo. Existen otros músicos a menudo pasados por alto, pero que en su momento confraternizaron con Django y se engrandecieron mutuamente, compartiendo mucha riqueza humana y musical, como en el caso de Oscar Alemán, el Rey Invisible, al que aún no se le ha rendido el tributo que merece, siendo en este libro la primera vez que se le dedica un capítulo absolutamente íntegro a su genio y persona. Hemos creído conveniente citar las ubicaciones exactas en París de los distintos clubs, hoteles, etc., de manera que si alguien decide investigar o revivir los escenarios por su cuenta puedan hacerlo, aunque nada permanezca como antaño. Por otro lado en el capítulo de la ocupación nazi sentimos la necesidad de rendir un sincero homenaje al *porrajmos*^[2] que ni siquiera fue mencionado en el juicio de Nürenberg. Así como contestar a la pregunta que nos formulan la mayoría de iniciados en el tema ¿por qué Django se libró de la matanza? Intentaremos responder a todo ello. En cuanto al tema si es legítimo designarle como gitano, han corrido y correrán ríos de tinta. Sabemos que hablando con propiedad gitanos o *tziganes*^[3] serían términos genéricos. Django pertenecía a una tribu en concreto: los *manouches*^[4] y como tal nosotros nos centraremos en esta estirpe, la más extendida por toda Francia, originaria de los países francoalemanes y especialmente Alsacia y Lorena. A pesar de los diferentes nombres por los que son conocidos: *roms*, *gitans*, *manouches*, *sintis*

o *gypsies*. Todas estas etnias poseen sus diferencias dialectales y culturales, compartiendo el nomadismo y sufriendo la actitud del rechazo por igual. En este libro nos referiremos en numerosas ocasiones a Django como «el gitano» –de hecho la obra se titula *Un gitano en París*–, por supuesto nunca en sentido peyorativo, ya que alimentaría así la ignominia que persigue a la raza como una maldición. Otras veces nos referiremos a él como «el manouche» aunque es utilizado con mesura, porque más de un lector lo vería un tanto confuso. Nunca lo hacemos como «el tzigane» porque tanta objetividad daría más la impresión de ser una tesis que una biografía para todos los públicos.

Dicho esto nos parece suficiente la justificación para mantener el término «gitano», más literario y un tanto romántico, con el que ha pasado a la posteridad entre los hispanoparlantes, pese a quien pese^[5]. Atendiendo al eterno dilema sobre si Django era francés o belga, solo queremos decir que si bien nació en suelo belga fue una eventualidad. Prácticamente ningún manouche de la época que nos concierne podía ser considerado exclusivamente de una región o país, no en vano son conocidos como *Les fils du vent* o *Gens du voyage*^[6]. En breve va a sumergirse en la historia de Django Reinhardt como jamás antes se ha contado.

1

Jean Baptiste Django Reinhardt Un retrato

Django era el Paganini de la guitarra... un genio en el sentido red de la expresión.

Stéphane GRAPPELLI

En torno a la figura de Django Reinhardt, genio creativo, compositor y guitarrista, se desliza cada vez con más sutileza un velo de misterio. A

medida que van desapareciendo las personas que le conocieron o trabajaron con él, crece el mito incluso por encima de la sombra del hombre. Estamos ante un personaje insólito desde cualquier faceta tanto humana como artística. Su magnetismo personal y psíquico, así como sus acciones aparentemente inexplicables y sorprendentes, han alimentado multitud de artículos de prensa; ha habido de todo, fantasiosos algunos y de muy mal gusto otros, incluso con tintes xenófobos y otros alejados de la realidad. Pocas veces se ha hecho un retrato físico de este hombre de tez morena color café con leche, pelo negro siempre engominado, voz grave y movimientos pausados. El labio superior lucía siempre adornado por un bigote muy fino en forma de acento circunflejo, casi con vida propia para sostener bajo su tutela un cigarrillo eterno que le daba aire de galán de película americana. Imperaban en su rostro unos ojos almendrados, profundos, cuyas fornidas cejas realzaban en intensidad. Lo cierto es que Django transmitía desde muy joven el respeto y veneración que le convirtieron en la figura que fue. Resultaba jovial por naturaleza, pero para ocultar su timidez en un principio su trato podía resultar algo intimidatorio.

Según el Documento de registro individual de extranjeros, Django medía 1,76 m. Una estatura más elevada que la del gitano medio a principios del siglo XX. Heredó de su madre la belleza, la corpulencia y su fuerza física. Sus hombros fornidos, su espalda ancha –que solo el paso del tiempo doblegó–, le conferían una forma serena de andar. No acusó nunca síntomas de cojera al caminar a pesar de las quemaduras de tercer grado sufridas a los dieciocho años y de las horribles cicatrices que estas dejaron en su pierna derecha. Su extraordinaria fuerza de voluntad y su capacidad de sacrificio hicieron posible un largo y complicado proceso de rehabilitación que culminó en una nueva forma de comprender la guitarra, cuya técnica se ha filtrado entre todos los guitarristas sin importar el

estilo. Se quejaba, eso sí, de dolencias en la planta de los pies cuando caminaba demasiado o pisaba moquetas. Este hecho denota o bien tener los pies planos o bien tener los metatarsianos desplazados, es decir, sufrir un principio de artrosis, seguramente originado por las deplorables condiciones de humedad que padeció en su hábitat. Nació en la más absoluta pobreza, pero siempre tuvo el porte de un príncipe. A Django le gustaba llamar la atención por su forma de vestir. Su gusto por sombreros de ala ancha de vivos colores y pañuelos vistosos atados al cuello, tan común entre los manouches, le hacían tener un concepto muy particular de la elegancia, chocando a veces con los convencionalismos, como explica en esta anécdota su gran amigo y violinista del quinteto del Hot Club Stéphane Grappelli:

Nunca olvidaré la primera vez que vi a Django de etiqueta, llevaba puestos unos calcetines de color rojo chillón, me tomé un rato intentando explicarle sin herir sus sentimientos, que esos calcetines no resultaban la mejor opción. Django insistió en que le gustaba el contraste que hacía con el negro del traje^[1].

Al igual que en otras facetas de su vida, su atuendo cambiaba radicalmente de la noche a la mañana. Podía aparecer luciendo la más sofisticada etiqueta al principio del día y al caer la tarde sobre el barrio bohemio de París, verle vestido con un *pullover*, un pañuelo al cuello, un pantalón atado con una cuerda y unas botas camperas; con la sana intención de echar una partida de póquer o de billar con los vecinos ociosos. El hecho de combinar una camisa roja con un esmoquin negro y unos calcetines color mostaza, o un traje rosa con una camisa verde chillón no le importaba lo más mínimo. De la misma manera que nunca se perdía en el laberinto musical, en sociedad enseguida se adapta-

ba a los ambientes selectos. La desenvoltura con la que afrontaba y asimilaba las costumbres occidentales ajenas a su comunidad, es otra faceta de su vida que nos deja perplejos. Tenía una capacidad si no camaleónica, cuanto menos sorprendente para comprender cuando una situación requería galantería o sofisticación. Al convertirse en un personaje público tuvo que aprender a adaptarse a los hábitos *gadjé*^[2] cuando era necesario, sin olvidarse de las arraigadas costumbres de su etnia gitana, que nunca negó ni edulcoró. Era y se consideraba gitano hasta la médula, pero la fama a la que se vio abocado le convirtió en un manouche más transigente que el resto de congéneres, supersticiosos y celosos guardianes de sus tradiciones. La raza manouche no se rige por las mismas reglas que nuestra sociedad, siempre mantienen las distancias con los que no pertenecen a su raza. Temen que la mezcla con los *gadjé* contamine la casta. Son por naturaleza desconfiados del progreso e incrédulos de todas las conquistas científicas. Django en este sentido era uno más y no confiaba en los médicos, las inyecciones le aterrorizaban porque pensaba que le iban a matar. Cuando por razones de trabajo tenía que hospedarse en un hotel, no le importaba un ápice destrozar el mobiliario para convertirlo en madera para la estufa. Le molestaban las bombillas eléctricas, así que las quitaba, las tiraba a la basura, y las sustituía por velas o lámparas de petróleo, sin duda para recrear el ambiente siempre añorado e íntimo de las caravanas gitanas. En las casas donde le tocaba vivir nunca usaba la cocina de gas o de carbón, Django y mujer cocinaban con el camping gas que llevaban con ellos a todas partes. Con todo esto no es de extrañar que en más de una ocasión él o alguno de sus primos encendieran la lumbre en el parqué de las casas. Cuando Django ya había alcanzado una cierta notoriedad como guitarrista, todos los miembros del clan Reinhardt se vieron forzados a tomar una resolución de capital importancia: abandonar el campamento y acompañar a